

Reflejos

Revista del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos

Facultad de Humanidades, Universidad Hebrea de Jerusalén

Número 9, 2000-2001

El maratón

Judith G. Fraenkel

pp. 138-141

El maratón

Judith G. Fraenkel

CONCENTRARSE en el correr, en cada uno de los músculos, recorriéndolos en la cabeza desde los pies hasta la punta de los dedos de las manos. Concentrarse en la respiración, en el sonido interno que lo abarca todo, el calor, la arena, las circunstancias. Simplemente correr sin dejar que otras imágenes penetren subrepticamente. Olvidarse del sol, de la sed, de los pies que se clavan en la arena, olvidarse del tiempo. Correr.

Ya deben de haber pasado unas dos horas desde el inicio de la carrera. No sé, no me atrevo a levantar

realidad más palpable frecuentemente se convierte en una desconcertante quimera.

Doscientos corredores adelante, quinientos atrás y el inmenso desierto. La mayoría de los participantes son europeos, americanos, algunos japoneses. Locos, atletas. Al principio el paisaje me supera hasta que el cuerpo se rinde ante la única realidad posible, la del maratón. Seis días, doscientos cincuenta kilómetros. Millones de horas, minutos para cruzar la línea final ¿y luego? Curar las ampollas, relajar los músculos...



el brazo para mirar el reloj por temor a desconcentrarme, tan sólo inhalar-exhalar, inhalar-exhalar. El calor y la posición del sol parecen indicar que son alrededor de las doce, sin embargo, en el Sahara la

Continúo corriendo y pienso en el contrato. El corazón da un brinco y ahora debo intentar concentrarme en pausar la respiración, beber un poco de agua, suficiente para no deshidratarme y para conservar la

medida adecuada de la ración que nos proporcionan los organizadores cada tres horas. Pienso y corro automáticamente. De nuevo veo la cara conmocionada de Mara que lee el contrato conmigo. Cien corredores adelante. El costo de la participación: \$2.000. Debo concentrarme en no perder el camino. Las raciones de comida están a cargo de los participantes y deberán ser llevadas a cuestas a lo largo de toda la carrera. Respirar. Tres litros de agua cada tres horas. Atención médica, helicópteros. En caso de muerte, el costo no incluye los gastos de ataúd y de retorno al país de origen. El rostro de Mara que me mira y no comprende. Arena, tan sólo arena.

A lo lejos va apareciendo la carpa de abastecimiento y lentamente voy distinguiendo el rostro de algunas personas. Me tomo de un sorbo el resto de agua que me sobra. Aún faltan 25 kilómetros para terminar el día. Varios de los participantes se sientan a tomar un descanso, yo me detengo para tomar la ración de agua que me corresponde y continuo corriendo. Seiscientos cincuenta corredores detrás de mí.

Otra hora más y ante mí se despliega tan sólo el silencio y un mar borroso de arena. Yo y el desierto. No distingo a ningún corredor delante de mí. Doy una orden silenciosa y mis piernas se detienen. Presintiendo la vastedad del espacio, doy media vuelta y descubro el vacío transfigurado por el calor. Me fijo en el reloj y son las dos de la tarde. El silencio y el calor se van apoderando de mí. Busco la brújula y, sin lograr comprenderlo, las agujas marcan que estoy en el rumbo correcto. Ya no tiene sentido seguir corriendo, me paso la mano por la frente mojada y continuo caminando en línea recta.

Línea recta. ¿Qué significa seguir en línea recta? Acaso terminar los 25 kilómetros de hoy, o mantener el ritmo de la respiración, o tener la certeza de que hay una línea final para cruzar al término de la carrera. Esta carrera contra ¿quién?, contra invisibles corredores, contra la arena, contra el silencio, contra mí, contra Mara, contra nosotros.

No logro distinguir ni un solo corredor. Nada, tan sólo el sol y la palpitación constante y acelerada de mi corazón que se resiste al vacío absoluto de mi carrera. La idea de perder el camino me aterra. Evito pensar en la ración de agua. El horizonte amarillo, distorsionado por el calor, y el miedo se mezclan, metiéndose en mi mente, confundiendo con esa materia de imágenes lentas, con mi pseudo-pensar. El sin-sentido de haber emprendido este juego. El absurdo extraviarse en el Sahara, entre helicópteros y periodistas. Un payaso sudado. Imagino a Mara levantando la bocina del teléfono, imagino su rostro pálido y la velocidad de pensamientos prácticos que bombardean su mente. Encontrarlo, arreglar el tras-

lado de regreso al país, atender las llamadas de la familia y los amigos, terminar de una vez por todas con esta historia ilógica, ser fuerte, concentrarse en la respiración para no llorar, tan sólo inhalar-exhalar, inhalar-exhalar, ser fuerte.

Mara es tan suave y huele tan bien. Acariciar la cabeza de Mara es como leer la primera línea de *Platero y yo*. A ella le molesta un poco la comparación, pero a mí me encanta. Mara es tan suave. Antes de tocarla, cuando me la presentaron por primera vez, ya sabía yo con sólo mirarla que era suavísima, fue entonces cuando pensé en Platero. Su cabello es de color arena, como este universo que ahora me invade. Pensar en ella me hace más fácil caminar. Mara espanta el miedo a esta soledad. Y sin embargo, me fui. Sería más fácil encontrar el camino de regreso y cruzar este desierto hasta esa imaginaria línea final que tratar de comprender qué estoy haciendo aquí, lejos de Mara.

Me gusta correr, lo descubrí hace poco, después de Mara. Tomar mi cuerpo y hacerlo llegar lo más rápidamente posible de un punto a otro. Fue precisamente Mara la que mencionó haber leído un artículo acerca del maratón en el Sahara. Lo contó como pura curiosidad. En cambio a mí algo se me movió en el estómago, una intuición, tal vez.

Cuántas veces puedo pensar y repetir el nombre de Mara. Ayer cuando cruzaba la línea que marcaba el final de otro día más, empapado de sudor, cansado y feliz, la imaginé ahí entre los periodistas y espectadores, esperándome con su sonrisa infinita. Y ella a kilómetros de distancia. Al caer la noche, con los tambores de los bereberes de fondo, bajo un cielo inmenso y embombillado, comiendo una de mis barras de energía, sentado junto a Daniel, el italiano con el que comparto la carpa, intentaba describir a Mara, atrapar su esencia en el color de la arena tan parecido al de su cabello, para compartirla y recrearla en uno de los cuentos que intercambiábamos junto a la fogata. La noche, el círculo de corredores y el fuego en el medio, me hicieron recordar esos campamentos a los que mis padres me enviaban cuando aún estaba en el colegio. También en aquellas ocasiones, inventaba historias de mujeres increíbles que no habían logrado resistir la magia de mi conquista. Recreaba rostros hermosos, super-mujeres. Esta vez era verdad.

La conciencia de la realidad de mi situación comienza a alarmarme. Debo dejar de pensar en Mara y concentrarme en solucionar el problema de llegar, de encontrar esa maldita línea, bendita línea. Pienso en cuán inteligentes habían sido los organizadores al determinar que debíamos llevar a cuestas la comida a lo largo de toda la carrera. Enseguida recuerdo que sin agua no hay esperanza de vida. Mi mente cansada comienza a evocar todo tipo de estadísticas. El tiempo

que puede durar una persona sin comer. El tiempo que puede durar una persona sin tomar agua. Imagino que a 45 grados ese periodo ha de disminuir. Escucho el fuerte latido de mi corazón e intento calmarme, seguramente hoy a la noche alguien se dará cuenta de mi falta y después podrá contar esta historia como la aventura de mi vida y reír a carcajadas, tal vez repetirla al rededor de una fogata, esta vez junto a Mara. Vuelvo a revisar la brújula y sus agujas todavía indican que continúo en camino. Me pregunto si no seré simplemente el primero y estoy a punto de llegar al final del día de hoy. Según mi reloj debo estar aproximándome a la meta. ¿Será posible que dejara a todos atrás, a 699 corredores profesionales? Pero, ¿los helicópteros, el ruido?

Camino y camino. Pienso en sentarme y descansar por unos segundos antes de seguir. Estoy agotado. Pasa un instante desde el momento en el que decido tomar un descanso y ante mí aparece un árbol gigante, bajo su sombra un banco y una fuente de agua cristalina. Del árbol cuelgan unas naranjas doradas, gigantes. Mi corazón late fuertemente. Empiezo a caminar hacia el árbol, luego corro y corro y me restriego los ojos. El desierto es colosal, inmenso y vacío. La visión me angustia. Turbado, continúo caminando, me paso la lengua por los labios secos y como si fuera de lija se pega a la piel dura y resquebrajada. El dolor de las piernas se va igualando a la sed. Cada paso es un infierno, lo pies se clavan en la arena caliente.

La noche va cayendo lentamente y continúo caminando para llegar, hace horas intento llegar. Si tan sólo Mara pudiese presentir esta yerma mía, el desfallecimiento. La conocí hace tres años en casa de mi amigo Manuel. "Mara", me dijo, "la esposa de Javier, la nueva adquisición del departamento de música". Según Manuel, parte en chiste, a pesar de ser ella encantadora, su encanto no podía compararse con la genialidad musical del joven profesor que desde ahora haría parte de nuestro equipo. Mara sonrió levemente y fue entonces cuando no pude evitar pensar en Platero y en el hecho fantástico de encontrar a una persona que me causara esa asociación. El esposo de Mara era ciertamente un genio, pero aun así no pude evitar estar en desacuerdo con Manuel.

El desierto lentamente desaparece y la noche va llenando todo el espacio. Rendido me acuesto de espaldas sobre la arena y ahora tengo frío. Siento el temblor de cada uno de mis músculos e intento relajar el cuerpo, le doy masajes a las piernas entumecidas. Acostado cara arriba descubro el cielo por primera vez. Es hermoso, me pasma. Recuerdo mi primera visita a Egipto. Hace años, cuando aún estaba estudiando música en la universidad, viajamos Manuel y otros dos compañeros al Cairo. Durante los primeros días nos dedicamos a los bazares y los cafés. Fue en-

tonces cuando entramos a una tienda turística de papiros. La tienda era una entre las muchas otras que ya habíamos visitado, las inspeccionábamos como por inercia. Pero en aquella ocasión encontré un exquisito papiro que representaba en azul, oro y otros colores que ya no recuerdo, un cielo azul repleto de estrellas doradas con dos barcas finísimas del mismo color recorriéndolo a lo largo del papiro. Como el que ahora me abarca, ese cielo era maravilloso. Días después, visitando una de las tumbas del Valle de lo Reyes en Tebas, sin darme cuenta de lo que hacía, o de por qué lo hacía, levanté la cabeza para descubrir que esa inmensa cámara oscura estaba abierta a ese hermoso cielo que había visto en el papiro del Cairo. Esa magnífica visión nunca me ha abandonado y ahora, en medio de esta desolación, imagino que dos barcas doradas cruzan el cielo más estrellado que haya visto alguna vez, su navegar por el Sahara vuelve a cautivarme.

Agotado por los acontecimientos del día, había olvidado el cohete de pólvora que llevamos todos los corredores en caso de emergencia. Lo saco de mi morral y me pongo de pie. No puedo creer que haya olvidado lanzar el cohete, es como si quisiera no ser encontrado, desaparecer. Lo lanzo y el silencio se rompe por unos instantes. Ahora si podrán encontrarme, deberán encontrarme. Me siento sobre la arena y no soy capaz de comer una de las barras de energía que llevo conmigo, la garganta seca es un suplicio mayor al del hambre. Ahora sólo me queda esperar.

Con Mara todo sucedió muy rápido, yo no la busqué porque sabía que me estaba prohibida, tampoco imaginé que pudiésemos ser. A veces nos encontrábamos los cuatro, Manuel, Javier con Mara y yo. Era inevitable, trabajábamos juntos y Javier era un muchacho muy simpático. Mara le había comentado a Manuel en varias ocasiones que yo le caía muy bien y desde que Javier había comenzado a enseñar con nosotros su vida social había mejorado bastante. Mara era traductora de libros, había estudiado literatura en Inglaterra y al volver al país se dedicó a traducir nuevas publicaciones. Trabajaba desde la casa y no conocía mucha gente. Sus amigos estaban todavía en Europa, investigando, enseñando o simplemente disfrutando del exilio. A Javier lo conoció por pura casualidad en la universidad, él estaba terminando su doctorado, salieron juntos por un año y regresaron casados cuando a él se le presentó la oportunidad de entrar a nuestro equipo. A pesar del cansancio, me parece ver más claramente cómo todo se fue dando sin que yo manejase los hilos de nuestra comedia. Todo me condujo a esta carrera por la vida, a ser el primero y de todas maneras perder.

El frío es extremo, aún más por la diferencia entre el día y la noche. Por lo menos la obscuridad no

me absorbe completamente, la luz de las estrellas es suficiente para mantenerme calmado. Imagino que un beduino y su camello se topan conmigo. El hombre silenciosamente me levanta y me ayuda a sentarme. Se aleja un poco y comienza a cavar en la arena, unos segundos después extrae una olla negra y me ofrece un sorbo de agua con un movimiento de la cabeza. Imagino mi sorpresa al descubrir que la olla estaba enterrada a tan sólo unos cuantos pasos de mí. Comienzo a excavar histéricamente a mí alrededor. Repentinamente recuerdo que tan sólo fue una visión creada por mí cansancio y ya sin fuerzas comienzo a llorar. Lloro por mi situación y continúo llorando hasta llorar por Mara, y lloro y lloro y lloro.

El que me llamó fue Javier. Tenía que salir del país por unos días debido a un congreso al que se había comprometido en participar, Mara no quiso acompañarlo. Me dijo que ellos aún no tenían muchos amigos en la ciudad, que Mara me apreciaba mucho, que la llamara de vez en cuando, sólo para ver que todo estaba bien, que no necesitaba nada. A Manuel le había hecho el mismo pedido, pero el sabía que Manuel estaba muy ocupado con el artículo que estaba escribiendo y con los profesores que habían llegado del exterior. Acepté, no habría podi-

do decirle que no, que a mí Mara me recordaba ciertos libros que había leído en la infancia y que eso era una mala señal.

Me quedo ya sin palabras, el resto es incontable. Lo único que persiste es una cantidad de sensaciones y de imágenes desenmarcadas. Tan sólo puedo hablar de una emoción similar a la de descubrir una bóveda estelar, del rostro de Javier, de Manuel, de mi felicidad mezclada con la aversión a mí mismo, de mi renuncia al departamento, del correr. El día de mi charla con Javier empecé a correr, cada vez un poco más. Al principio corría por unos minutos, lentamente fui aumentando las distancias y ya hace unos dos años que no hago mucho más que correr, puedo hacerlo durante horas seguidas.

Siento que se me acaban las fuerzas, la cabeza está a punto de explotarme, veo a Mara rogándome que deje de correr, que ya Javier se superó y hasta está a punto de comprometerse otra vez, que el maratón es una estupidez. Veo a Manuel pidiéndome que vuelva a dar mi curso. Me muero de la sed. Veo a Javier sonriendo, perdonando. Me pongo de pie, dejo mi morral repleto de barras de energía y empiezo a caminar lentamente y luego a correr, a correr hacia el vasto horizonte, hacía la línea final. ¡Platero es tan suave!

